

Detrás del espejo

Clàudia NT

Image not found.

Capítulo 1

DETRÁS DEL ESPEJO

"¡Estaré calentita como en mi propio salón! -pensó Alicia-. O más caliente aún, porque aquí nadie se va a meter conmigo si me acerco mucho al fuego... ¡Qué divertido va a ser cuando me vean a través del cristal y no puedan alcanzarme!"

Lewis Carroll.



Está ahí. Como siempre. Plantada en su silla leyendo un libro. Des de aquí no veo la portada, pero tiene el lomo arrugado, un pequeño sacrificio que deben hacer lo libros buenos.

La chica del pelo rubio se ha movido. Viene hacia a mí. Ya ha dejado de ser aquella niña de nueve años y medio. Ahora mira con otros ojos y sueña otras cosas, incluso se ha enamorado. Lo sé cómo si ella fuese yo misma. Quisiera hablarle, pero cuando abro la boca no sale ningún sonido. ¡Estoy aquí! Deseo decirle. Sigo aquí... Como ayer, como hoy y como mañana haré. Pero ella se limita a dejar el libro en el estante. Ha dejado

más abajo los libros de su niñez. ¡Estúpida! No la abandones todavía, sigue soñando, sigue con tu inmortalidad. No quieras sumergirte en el mundo, es cruel y te hará daño, es maloliente y lleno de pobreza, es asqueroso y pesado.

Me mira ahora más detenidamente. O cree verme. Se sienta enfrente de mí mientras se peina. Yo le sonrío y me la quedo mirando, sentada, tocándome el pelo como ella hace. Entonces se levanta y deja la habitación y a mí.

Cuando regresa es tarde. La chica del pelo rubio entra en su cuarto tan de golpe que me asusta y me levanto de un salto. Está llorando cuando se acerca a mí. Quisiera abrazarla, consolarla. ¿Por qué lloras, niña? Aunque ya no eres tan niña, ahora te pareces más a una mujer. Pero como siempre no aparecen mis palabras. Se pasa la mano por el pelo rubio a la vez que abre la boca para poder aspirar más aire. Me desespero y me llevo las manos a la cabeza. No llores por favor, me partes el alma. Entonces me da la espalda, recupera su libro y se olvida de lo que la rodea.

Golpeo mi prisión de cristal, intento llamarla en vano. No quiero que me olvide en este estúpido marco, como siempre hace. Después de tantos años juntas, después de haber crecido junto a ella, después de esperarla, de querer ser como ella. Porqué quiero ser como ella, tan llena de vida. Quiero ser como mi pequeña Alicia. Quiero ser ella. Quiero romper con este reglamento que me han impuesto y ver el más allá. ¿Por qué debo estar aquí, al otro lado? ¿Y por qué no puede estar ella? Alicia, serías más feliz aquí donde estoy.

Alicia se despertó de mal humor, había tenido un sueño muy raro. Cuando se puso en pie no quiso salir al comedor. Se sentó en el borde de la cama. Recordó la bronca con sus padres; ellos siempre tenían la razón. Alicia lo odiaba, estaba en aquella etapa rebelde de la adolescencia: demasiado pequeña pero a la vez demasiado grande, en un punto intermedio que no podía soportar.

Cuando se puso en pie se alisó la camisa del pijama y se dispuso a salir. Pero algo le llamó la atención. Un pequeño destello dorado. Alicia se giró de golpe, angustiada. No había nada. Solo las pequeñas sombras mañaneras y su espejo, que le devolvía aquella cara seria. Alicia asió el pomo de la puerta dispuesta a salir cuando reparó en un pequeño detalle. Ella no estaba seria, estaba asustada. Pensó, extrañada, que quizás su cara de terror sería aquella.

Alicia se aproximó al espejo de cuerpo entero que colgaba de su pared. Mirándose alzo la mano izquierda a la vez que la del espejo levantaba la

derecha para alisarse el pelo. Qué estupidez. Pero allí se quedó, mirando aquel rostro tan familiar. Alzó otra vez la mano izquierda para apartarse el flequillo de su frente, y de igual modo la muchacha del espejo levantó también la mano izquierda para apartarse aquellos mechones rubios. Alicia se detuvo, confusa. Aquello no era posible. Dio un paso atrás pero su reflejo se quedó allí, plantada y con una sonrisa. Alicia cerró los ojos fuertemente. Los volvió a abrir justo cuando escuchó un sonido cortante, como si hubiesen estampado un vaso de cristal contra el suelo.

Y allí estaba. Un brazo salía del espejo resquebrajado. "Pero no es un brazo, es mi brazo" se dijo Alicia.

La chica del espejo logró romper más pedazos de su pequeña celda. *¡Ya queda menos mi pequeña mujer, ya puedes entrar, ya puedes ser libre, deja este lugar lleno de muertas!* Alicia creyó que su reflejo le estaba hablando. Y a la par que su yo se le acercaba, ella huía, poco a poco, dando vueltas por la habitación hasta que sus pies no se dieron cuenta que pisaban pedazos del espejo y que, lentamente, aquella muchacha la iba guiando hacia la que había sido su pequeña prisión de cristal.

-¡Tienes que entrar!

-¡No puedo entrar, no soy un reflejo!

Alicia fue retrocediendo mientras la chica del pelo rubio avanzaba hacia a ella, sonriendo, hasta que sin darse cuenta se vio detrás de él. Alicia se sentó al fin en la silla: ahora ya podía ser Alicia. La chica del reflejo se sentó también en la silla de detrás del espejo mientras cerraba fuertemente los ojos y los volvía a abrir repetidas veces, deseando que todo fuera un sueño. *¿Qué haría ahora? ¿Deberé ser el reflejo de mi reflejo?* La chica detrás del espejo lo golpeó, pero Alicia estaba plantada en su silla leyendo un libro que, a pesar de no ver la portada, tenía el lomo arrugado, un pequeño sacrificio que debían hacer los libros buenos. Alicia se incorporó de golpe y guardó el libro en uno de los estantes de arriba, fue hacia el espejo, se peinó y salió de la habitación.